

Investigación en metapsicología Simbolización en psicoanálisis¹

*Myrta Casas de Pereda**

“Las caras riman a los ojos así como las palabras riman al oído”

Paul Auster

El libro de la Memoria

“Las verdades son ilusiones de las que se ha olvidado que lo son”

E. Nietzsche

Sobre Verdad y Mentira

Resumen

La propuesta constituye un intento de plantear la simbolización como proceso y producción que tiene al sujeto en su división como meta y que se realiza en dos ámbitos coexistentes.

Por un lado, sostiene o habilita la metáfora que implica la disponibilidad representacional, el discurrir del deseo sobre las cadenas representacionales anudando fantasía y síntoma en una adecuada discriminación sujeto–objeto, fantasía–realidad. La simbolización, en este caso, es coextensiva a la represión y cuenta con un simbólico que triadiza a través de la prohibición.

¹. Tema oficial de la Mesa Redonda del día 28 de marzo de 1997 del II Simposio Brasileño de Observación de la Relación Madre–Bebé.

*. Algunas de estas ideas fueron presentadas en II Coloquio de Colonia de Sacramento, Uruguay, bajo el título de “Simbolización en Psicoanálisis”, 18-20 de octubre de 1996. 1. Av. Gral. F. Rivera 2516, Montevideo (11300), Uruguay.

Por otro lado, y al mismo tiempo, habría un trabajo de simbolización en torno a la presencia–ausencia (ámbito binario) donde se jugarían contigüidades o similitudes metonímicas. Aquí la simbolización sería eminentemente icónica o indicial y hablaría de un procesamiento donde la metonimia subyace a la organización de la metáfora.

Summary

The proposal constitutes an intent to establish the symbolization as a process and production which has the subject on its division as goal, and that is fulfilled in two coexistent compasses.

On one hand, affirms or allows the metaphor which involves the representative disposal, the roam of the desire over the representative chains joining fantasy and symptom into an adequate segregation of subject–object, fantasy–reality. The symbolization, in this case, is coextensive to the apprehension and counts with a symbolical that relates in triad through the prohibition.

On the other hand, and at the same time, there could be a symbolization work around the presence–absence (binary compass) where contiguities or metonymical similitudes could be played.

Here the symbolization could be eminently iconical or indicative and could talk about a prosecution where the metonymy lies under the metaphor organization.

Descriptores: APARATO PSÍQUICO / SÍMBOLO / SIMBOLIZACIÓN / DESMENTIDA / MECANISMOS DE DEFENSA / METAPSICOLOGIA

Introducción y planteo de problemas

Dentro del amplio panorama que ofrece la investigación en psicoanálisis, solidario del pluralismo teórico, deseo subrayar algunos elementos que orientan mi interés por la metapsicología. Se trata de un campo de investigación que abre la reflexión hacia una de las caras que constituyen la especificidad del psicoanálisis. Estatuto bifronte que define nuestra praxis, reuniendo en una unidad conceptual el corpus teórico con su práctica clínica.

Teoría y práctica anudadas en la búsqueda de lo inconsciente que determina lo singular de cada sujeto. El legado freudiano revela a la pulsión y la sexualidad, constituyendo inconsciente (división del sujeto) a través del interjuego que subyace al conflicto psíquico. Entre el deseo y su acotación (defensas) se produce la organización subjetiva.

Pulsión, sexualidad, junto a la transferencia, son pilares de la señalada especificidad. La

tensión propia de lo inconsciente no busca ser resuelta sino develada en sus efectos. Nuestra tarea aspira a desanudar el padecimiento, pero las figuras más consistentes del conflicto, como la castración y sus múltiples redes, subsisten en la estructura misma.

De ahí que el psicoanálisis no constituye una ciencia en el sentido clásico,² quedando situado a distancia del discurso universitario o científico, debido a la imposible adecuación entre conciencia e inconsciente. Tampoco es cabalmente una hermenéutica ni un discurso filosófico o psicológico, o una perspectiva cognitiva que desliza al estudio de la conducta. Sin embargo, en tanto disciplina de lo humano, bordea todas estas áreas y muchas otras, enlazando elementos de cada una de ellas, sin constituirse nunca en una cosmovisión psicoanalítica. Un Freud anticipado nos alertaba del riesgo de una tal *Weltanschauung*.

La estructuración psíquica involucra al otro, el *Nebenmensch* freudiano, el semejante auxiliador, sin el que seríamos incapaces de sobrevivencia. Esa singular marca que es la indefensión constituye un lugar privilegiado para la investigación en Psicoanálisis, pero debemos cuidarnos de caer en la tentadora búsqueda de los orígenes. Al hombre le cuesta renunciar a la soberanía de la racionalidad y la observación se presta, a veces, para la ilusión de hallazgos reveladores.

Todo intento de tratar con los orígenes puede desembocar riesgosamente en una teoría unitaria, en una construcción totalizadora del hombre. Verdadero punto álgido que conduce al malestar en el psicoanálisis y que; sin embargo, hace de ese interrogante, siempre renovado, un eje de su existencia.

He señalado antes (M. Casas de Pereda, 1992) que la indefensión es la marca a fuego de la ontogenia que organiza las múltiples y sutiles redes donde el sujeto para acceder a su propio deseo, necesita ser deseado y sostenido metafóricamente y literalmente por sus padres. Los efectos de este proceso constituyen discurso para la escucha psicoanalítica. Lenguaje del cuerpo en movimiento que, junto a la palabra, hacen al discurso infantil.

Y especialmente en los primeros años es efecto y producto al mismo tiempo que producción, pues el niño, en este encuentro esencial con los brazos y las palabras del otro, empieza a sostener y articular sus primeras marcas.

Cuando Austin escribe su libro *Cómo hacer cosas con palabras* (1962), la lingüística sufre un revés de importancia en la historia de las ideas. Lo ilocutorio y lo perlocutorio introducen

². 2. El discurso científico actual, con propuestas como las “estructuras disipativas caos “azar” (Prigogine, 1986) o “pensamiento débil” (Vattimo, 1983) se ha aproximado a cierta indeterminación que caracteriza el discurso psicoanalítico.

esa doble vertiente de lo que hacemos cuando hablamos y lo que provocamos o producimos en el otro al hablar.

Los desarrollos de la semiótica y la pragmática proporcionan textos ineludibles en el estudio de los signos y los símbolos. Las relaciones de significación pierden pie y se acrecienta la perspectiva de las relaciones de simbolización.

El hecho de que el niño dice jugando, dice haciendo, me llevó a internarme en los problemas que esto le plantea al psicoanálisis. Sistema ampliado de lenguaje, donde se juegan sentidos a través de la sensorialidad, el movimiento, una gramaticalidad enriquecida en su capacidad de afectar al otro. La palabra resuena como destino primero y último donde el símbolo adquiere su real estatuto, pero el gesto es palabra que se organiza como tal desde el otro.

Red entramada con el deseo inconsciente que constituye una modalidad singular de discurso.

La acción y el acto como parte del discurso, deben entrar al psicoanálisis como conceptos fundamentales y no como rescate de una distorsión. Son en el discurso infantil parte consustancial de la letra y debemos lograr una mayor sistematización de los efectos. Ni acting out ni fuera del discurso, es escena como parte de un texto, a veces contexto, no es interrupción.

Nos alejamos también de una concepción biológica o de un estudio de la conducta, donde el deseo inconsciente que se reúne con la demanda y la necesidad, quedarían soslayados.

“La acción es proceso del pensar que se constituyó desde el representar” señalaba Freud (1911), reuniendo pulsión, inscripción, representación y cuerpo en movimiento. El gesto es pensamiento en acto *“dado a ver”* (Lacan, 1977), que se hunde en el lenguaje y preexiste al sujeto en el discurso familiar.

Esto nos devuelve al problema de la representación, que interroga al psicoanálisis desde sus comienzos. Desde el oximoron que implica la idea de representación inconsciente, a todo el campo problemático de la dimensión metapsicológica en torno a la inscripción, huella, traza.

Y en esta pregunta, más que una preocupación por los orígenes (siempre míticos), interesa todo lo que media entre la inscripción y sus efectos que permite repensar las patologías actuales. De allí que el problema del símbolo, del signo, presentes en la simbolización, sean verdaderas encrucijadas para reformular una perspectiva metapsicológica renovada.

Intento entonces soslayar, en lo posible, los conceptos de representación-cosa y representación-palabra, eligiendo otro pivot en torno al cual podamos pensar el proceso de

estructuración psíquica. Es en ese sentido que tomamos la simbolización.

Esto nos conduce a la idea de que observación y especulación no son opuestos inconmensurables. De hecho, entre escuchar y pensar transcurre toda nuestra tarea como psicoanalistas y la escucha analítica incluye todos los registros de la sensorialidad, sin quedar atados a ellos.

Ubicación de la simbolización

Pienso que más fecundo que el uso de los conceptos de representación–cosa representación–palabra, resulta la idea de su articulación, pues es con ella que Freud daba cuenta de la neurosis y en su defecto de la psicosis. Me refiero a la articulación en su propuesta acerca de que *“la representación conciente abarca la representación–cosa más la correspondiente representación palabra”* (Freud, 1915) (destacados míos).

Retomo esa preocupación freudiana (desde su trabajo sobre las afasias) por mantener lo que llamaríamos en el momento actual “un nivel simbólico preservado”. Un modo de señalar que aquella “correspondencia” freudiana “explicaba” lo compartible; un sentido emergente, altamente compartible (símbolo), que hunde sus raíces en lo inconsciente, en una articulación, un movimiento, no aprehensible por la conciencia. Acontecimiento que implica entonces tres elementos: a) lo que llamo “lo compartible” atañe a una decantación simbólica que implica lo social, la dimensión colectiva; b) un lado no comprobable sino sólo inferible: la dimensión inconsciente; c) aquello que da la especificidad de lo que es aceptado naturalmente y que ubicamos con Freud como una articulación que habilita otras.

Esto está sostenido en trazas, huellas, marcas..., signos, grafías, fonemas, siempre con algo de escritura, que habilita como el garabato winnicottiano múltiples configuraciones y asociaciones. Representación–cosa, signo perceptivo, huella mnémica, nombres otorgados a un lado no verificable de nuestra metapsicología (sólo captable por sus efectos).

En el prelude metapsicológico de la Carta 52, Freud introduce el signo perceptivo. Traza que responde a todo lo sensible, sensorial, de la percepción. De éste al estatuto de la representación–cosa no media ningún proceso explicitado y debemos atenernos a los datos freudianos como hechos cumplidos.

El signo perceptivo —no recuperable— es un lugar que Freud crea para una señal inconsciente de una percepción. Es decir, nuevamente el intento de figurar un lazo, una articulación.

Si introducimos el término simbolización en vez de representación–cosa y palabra, es para intentar soslayar estas dificultades teniendo en cuenta al mismo tiempo que la introducción de

elementos de Lingüística y Semiótica en el campo psicoanalítico constituye también, en sí misma, una situación problemática. La Semiótica pertenece al ámbito de lo consciente y no se preocupa para nada de la perspectiva freudiana del inconsciente. Estaríamos incurriendo en una paradoja similar a la freudiana.

¿Cuáles serían las ventajas?

La primera, que surge de lo expuesto, es la de cercar o explicitar las oscuridades. Con la idea de simbolización no llegamos a capturar lo que no es capturable, sino que proponemos un nombre para ese proceso que media en la división de instancias, produciendo sentidos, síntomas, sueños y lapsus.

Por otro lado, me parece útil pensar en grados diversos de simbolización (que tomo de Peirce), que permitirían pensar diversos acontecimientos psíquicos solidarios entre sí. Permite una lectura diacrónica y sincrónica del acontecimiento psíquico, donde el *a posteriori* tiene cabida. Rescata, además, elementos fácticos donde el gesto o el movimiento resultan significantes y diagraman gramaticalidades (valor icónico o indicial de la simbolización). Reúne el sentir, la experiencia y el pensamiento (mentalización), en situaciones diádicas y triádicas que hacen presente la labor del interpretante. A esto le agregamos la perspectiva inconsciente que vehiculizará el deseo y, por ende, el resultado del encuentro del sujeto con el otro (objeto).

En la historia de las ideas, el término simbolización tiene una larga trayectoria. Desde la forma de sustantivo con que aparece —*symbolon* que alude a unión y separación—, a la forma verbal (simbolizar), que aparece en la teoría de los símbolos (Simbólica), religiones, lingüística, semiótica, filosofía, y especialmente en el estructuralismo.

Y en las últimas décadas, en la literatura psicoanalítica, es casi una presencia ineludible y su utilización desde diversos contextos teóricos le otorgan también diferentes alcances.

La simbolización en la obra freudiana aparece de dos modos diferentes: la Simbólica de los sueños y la simbolización que introduce en el Apéndice C de *El Inconsciente* sobre palabra y cosa: “*La relación que media entre representación–palabra y representación–objeto me parece más merecedora del nombre “simbólica” que la que media entre objeto y representación–objeto*”. (S. Freud, 1915).

Acepciones diferentes ya que la lectura de símbolos en *La interpretación de los Sueños* tiene un cierto carácter hermenéutico, en cambio en la otra acepción (1915), la simbolización queda abierta a posibles significaciones como efectos de sentido que acontecen en una relación entre dos representaciones (significantes). Insisto en este último sentido porque una relación entre dos representaciones deja definitivamente fuera al objeto real.

Creo que en general hay coincidencia en la noción de déficit o trastorno de simbolización, donde se destacan dos elementos:

- Trastornos del pensamiento, que muestran una *dificultada discriminación fantasía–realidad*. Se abre aquí el impreciso límite de las convicciones que linda con las creencias, por un lado, y con el delirio, por otro.
- El *predominio del acto sobre la palabra*: actuaciones, adicciones, psicósomática, etc.

En ambos aparecen: exceso de referentes fácticos, dificultades con la metáfora (ecuación simbólica, por ejemplo).

Lo interesante es pensar en los elementos que pueden caracterizar las patologías graves y aquellos que son parte natural de los procesos de estructuración psíquica (aproximaciones y diferencias)

Tres breves viñetas

Luis, un pequeño de 5 años en medio de una angustia desorganizadora insistía en que no quería dibujar la lluvia porque se mojaba el papel. Vivencia catastrófica donde esta desarticulación de lo simbólico promueve la producción imaginaria, soltada de sus amarras.

Raquel, de escasos 2 años, tenía dificultades para dormir de noche y daba a sus padres mucho trabajo para llevarla a la cama. Lloraba mucho y se resistía tenazmente. El padre concibe entonces una idea para “modificar” las cosas. La filma en sus problemas nocturnos, su inquietud, sus forcejeos con la madre, su llanto. Realiza entonces un efecto de desaparición de la imagen de la pequeña, manteniendo la voz y el llanto. Su idea era darle un pequeño susto que calmaría con la reaparición de la imagen en el apacible despertar. Pero en la proyección del truco, la niña comenzó a gritar, verdaderamente aterrada, diciendo “¡Ucala, ucala!!” (“¡¡Buscala, busca!!”), teniendo que ser detenida la proyección para calmar su enorme angustia.

Carolina, a los dos años y ocho meses, comenzó a jugar con un compañero imaginario con tal realidad que motiva la consulta de los padres. Surgido poco después de una mudanza y un aborto de la mamá, el compañero imaginario de Carolina se vuelve imprescindible.

Sólo en el primer caso estamos frente a un proceso patológico. Los demás son momentos de estructuración donde la simbolización prevalece o predomina en sus modalidades icónicas e indiciales, y donde la imagen tiene un rol preponderante en los procesos de alienación, transitivismo e identificación.

Pienso que la simbolización como concepto y proceso, tal vez no ha decantado dentro de la

especificidad del psicoanálisis y su rol en la psicopatología. Esto conduce a un cierto riesgo de babelización o de pensar, por el contrario, que estamos hablando sobre lo mismo.

Tal vez para volverlo un instrumento psicoanalítico, necesitemos proveerlo de una función metapsicológica, reunirlo con registros diversos de la estructuración psíquica y hacerlo trabajar en la articulación teórico-clínica. Tarea a realizar.

Algunos desarrollos

Parto del valor significante del acto y/o del gesto similar a la palabra, pero con un neto predominio de la metonimia, de la contigüidad y de la figurabilidad donde la imagen adquiere relevancia. La metáfora aparece más cabalmente con el signo lingüístico, la palabra, el símbolo. Pero también el gesto (en tanto metonimia) conduce a la producción de sujeto psíquico (en el sentido de la “realización de deseos inconscientes”). A todo esto subyace un sustrato simbólico que determina esa coherencia del discurso gestual-verbal aún en los más pequeños.

En la estructuración subjetiva, lo oral, anal, fálico, son apoyaturas indiscutibles que realizan metáforas, pero no se trata del cuerpo biológico, sino de una metáfora del mismo: el cuerpo erógeno. Tal vez éste sea el punto más radical que disponemos para pensar en la simbolización: el término metáfora.

Entre cuerpo y palabra acontece la simbolización. Lo real del cuerpo trabajado por el símbolo crea el espacio del fantasma, lugar de todo el despliegue sublimatorio y creador. Espacio-tiempo de bordes, fronteras, que se llenan con toda la fuerza de lo imaginario, donde la imagen y lo fálico adquieren relevancia. No es casual que en esta preeminencia imaginaria (siempre sostenida por un simbólico determinante) surja el espacio de la creencia y la ilusión consustanciales al tiempo de la infancia.

Entramos entonces en la dimensión metapsicológica pues las creencias son solidarias de la peripecia que acontece en torno a la castración simbólica y las teorías sexuales infantiles surgen como un modo natural de vérselas con la realidad. El niño entra a abarcar la realidad a través de la desmentida de la ausencia que subyace a la construcción de dichas teorías sexuales infantiles. Ausencia que adquiere dos sentidos: desmentida de la muerte y desmentida de la castración.

La simbolización implica un ejercicio de negatividad, trabajo de lo negativo que habilita algo en lugar de otra cosa y esto se hace presente en todo momento del trabajo de estructuración psíquica (trabajo de las defensas): sustitución, transformación, producción. La

capacidad simbolizadora requiere de la fluidez de la tarea de sustitución donde el par presencia–ausencia tiene efectos en el trabajo psíquico. Todo trabajo de simbolización se apoya en la disponibilidad de la ausencia que habilita la sustitución.

En este contexto, me permito subrayar el efecto de la *desmentida estructural* (Casas de Pereda, 1995b) que trabaja en la dialéctica presencia–ausencia. El ámbito de indefensión incluye disponibilidades de simbolización, con cualidades diferentes. Lo perceptivo, la imagen, es parte esencial de la desmentida de la ausencia.

La simbolización psicoanalítica, entonces, se puede pensar en relación al eje del conflicto psíquico; el mencionado interjuego deseo–defensas que da cuenta de la división y la organización de las instancias. Simbolización, entonces, solidaria del trabajo de representación psíquica que **anuda el problema de la huella mnémica con la disponibilidad metafórica que implica el juicio y el pensamiento.**

A modo de hipótesis tentativa, ubicaríamos la simbolización en relación a los dos grupos de defensas más relevantes en la estructuración psíquica. Esto implica no dejar la simbolización restringida al ámbito de la represión.

División arbitraria a sólo efecto de una sistematización: *dos grupos* que denominamos ámbitos binario y triádico de los mecanismos defensivos. La propuesta no significa una sucesión temporal, sino la coexistencia de ambos, con predominios binarios en lo observable.

En el ámbito binario ubicamos la transformación en lo contrario, la vuelta sobre sí mismo y la desmentida; y en el ámbito triádico, la represión y la sublimación. En ambos se hace presente el trabajo de simbolización a *través* de cualidades diversas de la misma (Peirce).

Se abren entonces dos perspectivas, en realidad consustanciales en torno a este proceso: la perspectiva metapsicológica y la perspectiva de lo observable.

Desde la primera simbolización (represión primaria y secundaria) que implica pasar del cuerpo real al símbolo y que da lugar al fantasma y al pensamiento, acontece el hecho esencial de la división del sujeto. Hay una sustitución primordial que inaugura toda sustitución ulterior que habilita juicio y pensamiento.

Desde que hay movimiento representacional, también trabaja el ámbito dual de las llamadas defensas narcisistas (desmentida, transformación en lo contrario y vuelta sobre sí mismo).

El interjuego de la dialéctica presencia–ausencia determina un verdadero entrenamiento de la pérdida y por ello hablo de trabajo de simbolización en este ámbito binario.

En el ámbito de lo observable, la simbolización aparece como producto a la vez que

producción (de sujeto psíquico), a través del discurso. La simbolización icónica e indicial³ son disponibilidades naturales que acontecen en el tránsito de la estructuración subjetiva. Los aportes sobre Primeridad y Segundidad podemos ponerlos en paralelo con el trabajo (*Arbeit*) psíquico entre el deseo y las defensas narcisistas, donde lo dual, lo especular, el transitivismo y los sentidos binarios prevalecen. Sin embargo, la Terceridad en Peirce es también un disponible que asegura la posibilidad de Primeridad y Segundidad, y esas propuestas también corren muy próximas de un simbólico que habilita el despliegue de lo dual en el trabajo sobre la ausencia y la consecutiva simbolización.

Lo observable define un amplio campo donde todo lo sensorial cobra relevancia. No importa la forma que el objeto adopte siempre que tenga resabios metonímicos o metafóricos con el semejante (objeto transicional o fantasma, como el compañero imaginario). Tal vez, lo que puede centrar los caminos de reflexión a este respecto sea la idea de una metáfora lograda como efecto de la simbolización.

El interjuego metonímico y metafórico que se establece en torno a la dialéctica presencia–ausencia, “entrena” en la aceptación de la ausencia. Son los múltiples e interminables juegos de *foro–da* que acontecen a lo largo de la infancia. Desde el “está–no está” que juega la madre primero con su bebé, a todos los juegos de escondida que se suceden a lo largo de los años infantiles.

Este llamado “entrenamiento” en la aceptación de la ausencia, conlleva fantasías de frustración que hablan de elaboración en nuevos enlaces inconscientes. Ausencia que conjuga fantasías diversas que transcurren entre la muerte y la castración. Experiencia de la pérdida jugada a través de todo lo orificial; cuerpo erógeno que se ofrece como sostén fantasmático pero con una “corporeidad”, también fantasmática, diferente. Estos matices diferenciales se duplican en las diversas modalidades simbolizadoras (icónicas, indiciales y simbólicas).

En este tránsito escandido de la simbolización, con tiempos semióticos (de la simbolización), icónicos o indiciales, las mediatizaciones son imprescindibles en lo fáctico y se necesitan los objetos para articular y representar sentidos.⁴

El objeto transicional es un ejemplo de esta mediatización por el objeto, pues es encarnadamente una metáfora a mitad de camino o una “*metáfora viva*” (Casas de Pereda,

³. Lo icónico en este autor queda al lado de la Primereidad y sería una cualidad del sentir, en una puntualidad temporal, un punto en el tiempo. La Segundidad, en relación con el índice, está vinculado a la experiencia, al esfuerzo que a su vez también implica acción, donde el sentido más fuerte lo constituye la diferencia entre un antes y un después. La Terceridad, que habla del símbolo, implica la disponibilidad mayor del interpretante.

⁴. El objeto para Peirce está siempre presente, pues es uno de los elementos del símbolo; sólo que en el caso del símbolo (a diferencia del ícono y del índice) este objeto está mentalizado.

1992a). Presentifica a la madre (ausente), pero sólo a través de una presencia obligada del objeto (presentificadores): chupete, trapito u osito. Preeminencia metonímica que contiene aspectos metafóricos pero que requieren aún del referente. El objeto transicional hace presentes modalidades icónicas e indiciales de simbolización. También el compañero imaginario evoca las duplicaciones o proyecciones propias de momentos de estructuración donde el objeto es requerido en una permanencia fantasmática.

Lo icónico no es un momento inferior en un desarrollo progresivo donde se alcanzaría el piso superior del símbolo, sino una cualidad sígnica (con caracteres propios) que forma parte de una posibilidad que consiste en su articulación en la relación triádica (Terceridad).

La posibilidad de que podamos desplegar este ámbito de simbolización icónica, significa restituir valor a elementos que son habitualmente percibidos sólo desde el lado de la patología. Me refiero a que estamos desnaturalizando lo dual, por ejemplo, si lo aislamos de lo triádico, ya sea en semiótica o en psicoanálisis.

En el ámbito de la estructuración psíquica acontecen espiraladamente y en simultánea, momentos icónicos, indiciales y simbólicos. Su abarcado y caracterización permitiría pensar cómo el predominio de uno u otros, o el posible corte con los demás, caracterizaría síntomas o vivencias desrealizadoras.

Estas reflexiones en torno a lo observable, ponen de relieve la importancia de la imagen, de lo perceptivo, que abarca todo lo sensorial que se vuelve lenguaje, discurso. La imagen, que hace presente perceptivamente lo que representa, se reúne con el deseo para dar cuenta de la intensidad de la alienación en máscaras o soportes identificatorios, que se le ofrecen al niño desde los comienzos de la vida.

La imagen importa, entonces, por varios motivos:

- Porque particulariza la presencia del referente en simbolizaciones icónicas e indiciales.
- Porque lo perceptivo es un polo esencial en la estructuración psíquica donde la presencia del otro y su deseo (referente y abstracción) hacen a la subjetivación: especularidad, alienación, transactivismo, y la peripecia identificatoria.
- Porque lo perceptivo es objeto de una defensa primordial como es la desmentida (*Verleugnung*) estructural, que trabaja sobre la muerte y la castración a través de la dialéctica presencia–ausencia. Dimensión narcisista y edípica del conflicto.

Son más los cuestionamientos e interrogantes abiertos que las respuestas. Pienso que la coyuntura esencial que es nuestra praxis nos mueve —porque conmueve— a la búsqueda insistente de nuevos sentidos o instrumentaciones en nuestra permanente desilusión ante lo incognoscible.

Bibliografía

Austin J. *Cómo hacer cosas con palabras.* Ed. Paidós, Buenos Aires, 1982.

Casas de Pereda M (Coord.), Bagattini MC, Cárdenas M, López de Cayaffa C, Miraldi A, Uriarte de Pantazoglu C. *Acerca del acting out en psicoanálisis de niños.* (1988). En: Acto, acting out y discurso infantil. Ed. EPPAL, Montevideo, Uruguay, 1992.

Casas de Pereda M. (1983): *Representar, representaciones. El escenario infantil.* En: “El juego en el psicoanálisis de niños.” Biblioteca Uruguaya de Psicoanálisis. Vol.1, A.P.U. Montevideo, Uruguay, 1986.

(1986): *Algunas reflexiones sobre teoría de la técnica en análisis de niños.* Revista Uruguaya de Psicoanálisis N° 64, Asociación Psicoanalítica del Uruguay, Montevideo.

(1988): *Acerca del discurso infantil.* En: Acto, acting out y discurso infantil. Ed. EPPAL, Montevideo, 1992.

(1991): *Gesto, juego y palabra. El discurso infantil.* En: Revista Uruguaya de Psicoanálisis N° 74. Asociación Psicoanalítica del Uruguay. Montevideo.

(1992a): *Estructuración Psíquica.* En: Revista Uruguaya de Psicoanálisis N° 76. Asociación Psicoanalítica del Uruguay, Montevideo.

(1992b): *Sobre el Juego y la Simbolización.* Correo de FEPAL, Ed.RB Montevideo, Uruguay, 1992.

(1995a): *Metapsychology and the Transitional Object and Phenomna.* En: Psychoanalysis in Latin America, FEPAL–IPA, Monterrey, México.

(1995b): *Entre la desmentida y la represión.* Publicación de la Asociación Psicoanalítica de **Buenos Aires, Buenos Aires, 1996.**

Freud S. (1911): *Formulaciones sobre los dos principios del acaecer psíquico* T. XII, p. 226. Amorrortu Editores, 1976.

(1915): *Lo inconsciente. Cap. VII: El discernimiento de lo inconsciente. (pl98) Apéndice C. Palabra y Cosa.* T. XIV, (p.213). Amorrortu Editores, Buenos Aires, 1976.

Green A. *Lo negativo.* Amorrortu Editores, Buenos Aires, 1995.

Lacan J. *Los cuatro conceptos fundamentales del psicoanálisis.* Seminario XI (1964). Barral Editores, España, 1977.

Peirce C. *La Ciencia de la Semiótica.* Ed. Nueva Visión, Buenos Aires, 1974.

Peirce on Signs. North Carolina : The University of North Carolina Press, 1991.

Prigogine Y. *Enfrentándose con lo Irracional .1* Proceso al Azar. Barcelona, Tusquets, 1986
Vattimo G. *Dialéctica, Diferencia y Pensamiento Débil*, en *El Pensamiento Débil*, Madrid, Cátedra, 1983.

